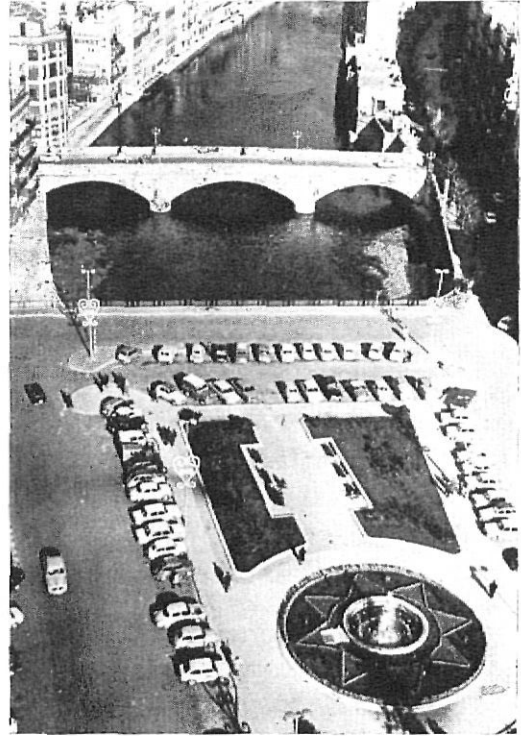


*Desde la terraza del edificio proa del futuro Centro Comercial, la perspectiva de la ciudad hace olvidar nuestras cotidianas estrecheces*



## *Postal gerundense*

# La ciudad, entre el ayer y el mañana

El comercio de la ciudad en otro tiempo solía tener siempre a punto un adagio del que se echaba mano en días de lluvia: «Carrers molls, calaixos eixuts».

El pequeño comerciante sabía que el mal tiempo no le atraía clientes, al contrario; las puertas de los establecimientos se cerraban, incluso, antes que la hora normal: la lluvia mandaba.

Algún día de algún verano lluvioso nos hemos dado cuenta de como cambian las costumbres, la vida de la ciudad. Porque resulta que cuando el tiempo se enfada y el sol de España se esconde para los turistas de nuestras playas surge una imperiosa necesidad de correr hacia las ciudades a cobijarse, a aprovechar el tiempo en los comercios tanto de entrada libre como forzada a proveer de montones de recuerdos, prendas y postales. Es la visita masiva, habitual en los días veraniegos de mal tiempo en que familias enteras, grupos compactos, todos con sus equipos de lluvia, se lanzan a los barrios comerciales de la ciudad turística a desmentir totalmente lo de «Carrers molls, calaixos eixuts».

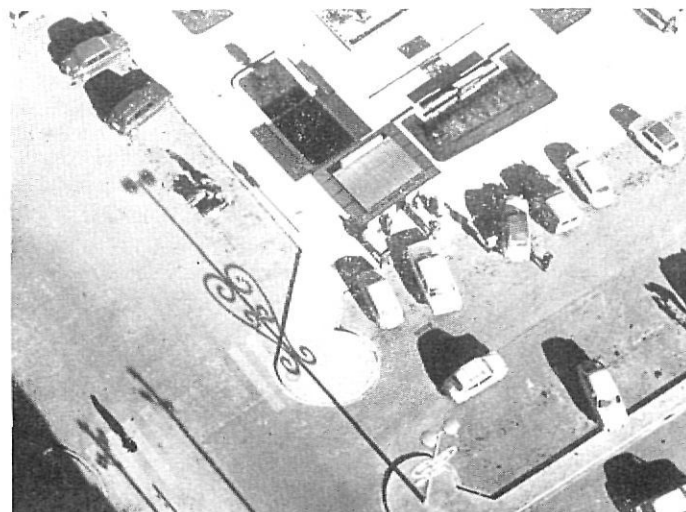
En varios aspectos se operan ciertos cambios en la vida de la ciudad. La crónica sería difícil si pretendiese la exhaustividad. Por otra parte cada cambio es fruto de una natural evolución a la que de ningún modo se le puede sacar moraleja, sino simplemente constancia. Es la observación de esas sanas evoluciones la que nos ha sugerido nuestro particular — y gerundense — punto de vista.

La vivienda es una de las facetas de la vida gerundense que ha promocionado más. Al parecer, antiguamente se podía elegir, optar, rehusar la fijación de la residencia. Las viviendas de la calle de la Forsa tardaban cierto tiempo en hallar inquilinos nuevos, cuando se desocupaban, porque la humedad y la escasez de sol le daban cierta mala prensa. Las viviendas vecinas de una fábrica ruidosa eran rehusadas de plano aunque estuviesen situadas en el centro de Gerona. Las últimas plantas de los edificios altos tenían también pocos amigos. Eran tiempos en que a la primera planta se la llamaba «principal», al segundo piso se le llamaba «primero», y así todos sufrían un corrimiento de categorías que reflejaba bastante una postiza jerarquización; ya se puede suponer

que la subida de plantas era inversamente proporcional a la renta «per capita» de sus habitantes. Los edificios con ascensor eran contadísimos en Gerona y su utilización era tanto motivo de travesura por parte de los pequeños como causa de perturbación y molestia por parte de muchos mayores. Actualmente el ascensor ha invertido justamente la preferencia y los gustos. Entendemos que puede hablarse ya muy bien de la democratización del ascensor, tanto por su obligatoriedad en edificios altos como por su simplificación de tipo práctico, que huye de aquellos enjaulados ganando en rapidez y en funcionalismo. Es así como se han escalado las alturas que antes quedaban relegadas a los inquilinos-migajas de las últimas plantas. Y una vez coronada la altura uno se da cuenta de que desde ella la ciudad no es tan ruidosa, que el tráfico rodado no atormenta, que con dos ascensores quedan superadas las posibles averías, que — en fin — aquí se vive bien. Desde la terraza del edificio proa del futuro Centro Comercial la perspectiva de la ciudad hace olvidar nuestras cotidianas estrecheces. El picado sobre la calle es una contemplación singular, como un juego de adivinar cuántos sabrán aparcar bien o dónde estará la farola que alarga tanto su sombra.

El automóvil ha originado otra evolución en Gerona. Habría que reconocerle tal vez una cadena de evoluciones. Basta con asomarse a nuestra Rambla en las horas punta de días festivos para darse cuenta de que la ciudad es otra, en unos años ha experimentado un giro de muchos grados. Hay noticia de que nuestros abuelos iban a tomar el sol por la carretera de Barcelona, pasando por las inmediaciones del asilo de las Hermanitas de los Pobres, vía de Sant Feliu de Guíxols, calle de la Rutlla, y de que institucionalizaron la merienda en las fuentes de las afueras. Nuestros años 40 no modificaron gran cosa. Han sido los 50 los años que han permutado el ancestral paseo por la rotura de unos moldes viejos, y los años 60 han llevado los desplazamientos sistemáticos a urbanizaciones y parcelaciones amparándose en el fabuloso invento del fin de semana, esa tardía importación que socialmente es como una extraordinaria y fastuosa puesta de largo del adolescente «brenar a la font».

Otoño y el regalo de sus setas han visto como los gerundenses descuidan las cercanías de la ciudad y cómo organizan sus caravanas dominigueras hacia comarcas interiores y de alta mon-



*El picado sobre la calle es una contemplación singular, como un juego de adivinar cuántos sabrán aparcar bien o dónde estará la farola que alarga tanto su sombra*

taña que para muchos eran hasta ahora totalmente desconocidas e ignoradas. Una buena guía Michelin ha podido más que el incentivo de la cultura geográfica, comarcal y humana. Tocará otro día a los sociólogos investigar si el hombre, si la familia, en su dominguero envase de chapa al duco y de vidrio bajadizo se ha sentido más comunidad, más persona, si ha cultivado más sus valores humanos que cuando nuestros antepasados se dirigían sin prisa a la Font Tajau o al Molí d'en Jungla.

Vehículos y carreteras vienen a ser como un caballo de batalla de nuestra civilización. La clave está en saber quién ha de ser para quién. Si el caballo para el hombre o si el hombre para el caballo. Gerona, la ciudad de calles estrechas, la de las mini-aceras, sabe bien el significado del tráfico rodado. Ya cuando la carretera nacional cruzaba la ciudad por Ciudadanos y Quatre Cantons se anhelaba un trazado racional exterior que ahorrara el peligro constante. Gerona, la puerta de España, en esta vigilia tensa de las autopistas algo espera; será el inicio de otra etapa de su natural evolución, tal vez será la conquista de un horizonte más despejado para que sigamos el irreversible camino de la vida gerundense. Nuestra vida a veces saetada de tímida y de anquilosada, pero que realmene existe y se deja sentir con profundos y largos pálpitos entre el Aeropuerto y la Autopista.

JORDI DALMAU